

Jaume Sanllorente
La
costurera
de Dacca



Jaume Sanllorente

La
costurera
de Dacca

ESPASA  NARRATIVA

© Jaume Sanllorente Trepal, 2014

© Espasa Libros S. L. U., 2014

Diseño de cubierta: más!gráfica

Imagen de cubierta: © Rajiv Amiral

Imágenes de interior: © Rajiv Amiral, © Oporajeo,

© Cordon Press/Andrew Biraj/Zeppelin-SIPA,

© GTRESONLINE/A. M. Ahad/Jesús Sancho

Depósito legal: B. 5377-2014

ISBN: 978-84-670-4053-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Cayfosa (Impresia Ibérica)

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	15
Capítulo 1 Reshma. El principio del viaje	21
Capítulo 2 Najma. Un país inesperado	41
Capítulo 3 Rupa. Las costuras de la industria textil	63
Capítulo 4 Rubina. Primera conversación	85
Capítulo 5 Fatema. Entre los escombros	101
Capítulo 6 Bibi. Moda para el desarrollo	129
Capítulo 7 Rubina. Segunda conversación	149
Capítulo 8 Shathi. La resurrección	169
Capítulo 9 Jahanara. El futuro incierto	187
Capítulo 10 Rabeya. Las víctimas infinitas	203
Capítulo 11 Carmen. Nuestras costureras	221
Capítulo 12 Reshma. El final del viaje	237
<i>Agradecimientos</i>	251
<i>Webs de interés</i>	253

1

RESHMA

EL PRINCIPIO DEL VIAJE

Barcelona

24 de abril de 2013

La jornada anterior, el día de Sant Jordi, ha sido, como todos los años, realmente mágica. Como siempre también, me ha costado conciliar el sueño por la alegría y la excitación que me produce el contacto con los lectores, que carga siempre las pilas del alma.

Creo que, sin duda, Sant Jordi es el día en el que Barcelona, mi ciudad natal, luce más hermosa. Este año he podido estar también firmando libros y ha sido realmente gratificante. Intento no perderme nunca esta fecha, en la que las rosas y los libros inundan las calles y la buena energía flota en el aire.

Como todas las mañanas cuando estoy en la ciudad, bajo al bar de la esquina a desayunar.

Cuando Ismail, propietario de la cafetería, me ve llegar, da orden en la cocina de que me preparen lo de siempre: un «bikini» y un cortado con sacarina.

Hoy, sin embargo, lo noto diferente. A él y a todos los muchachos de la cafetería. Algo sucede. Los camareros que trabajan en el bar no apartan su mirada del televisor y el volumen está más alto de lo habitual. Las personas que están tomando su desayuno en las mesas tampoco ojean los periódicos como es lo normal, sino que mantienen los ojos muy abiertos observando una catástrofe que prácticamente están retransmitiendo en directo.

Miro hacia el aparato y reconozco unas tierras que no me son ajenas. Unos edificios derrumbados y personas transportando camillas con muertos y heridos componen una imagen que, aunque se caiga en el tópico, sólo se puede definir como dantesca. Ismail va cambiando de canal y en todas las cadenas están cortando la programación para ofrecer las mismas imágenes. ¿Un terremoto? ¿En India? ¿En Pakistán? Instintivamente pienso en Bombay, mi segunda ciudad, y me alarmo, pero al cabo de pocos segundos me doy cuenta de que no puede tratarse de India, y mucho menos de mi segunda ciudad, porque ya tendría cientos de llamadas en el móvil y miles de WhatsApps.

En ese momento, Ismail trae el cortado a la mesa en la que me he sentado tras esquivar a los camareros colocados rígidamente ante el televisor.

—Otro horror en mi país —me dice.

—¿En Bangladesh? ¿En serio? ¿Qué ha pasado?

—Se ha derrumbado una fábrica con miles de trabajadores. ¡Miles! ¡Muy mal, muy mal! —sigue exclamando mientras se dirige a la cocina y su voz se difu-

mina para dar paso al volumen, cada vez más alto, de la noticia retransmitida por televisión.

Se ve en la pantalla un edificio totalmente derrumbado, sirenas y personas corriendo entre los escombros, de los que aún emana una tremenda humareda gris y una testigo, una tal Samira, explica como puede lo que acaba de suceder detrás. Al parecer, se ha derrumbado un edificio en Savar, a las afueras de Dacca, en el que trabajaban miles de personas confeccionando ropa para grandes marcas internacionales.

A medida que avanza el día no puedo dejar de pegar el ojo al televisor y a Twitter o a las redes sociales para estar al tanto de las últimas noticias acerca de la catástrofe.

Los medios de comunicación van repitiendo las cifras de mil ciento veintisiete fallecidos y dos mil cuatrocientos treinta y siete heridos. La edificación, en la que aparecieron unas grietas el día anterior, estaba integrada principalmente por fábricas de ropa, un banco y varias tiendas.

El edificio, conocido como Rana Plaza, era propiedad de Sohel Rana, uno de los dirigentes del partido gobernante Liga Awami, y alojaba cuatro fábricas de ropa independientes que empleaban a unas cinco mil personas. En los talleres convertidos en escombros fabricaban para marcas como el Grupo Benetton, DressBarn, Mango, Monsoon y Primark, así como para empresas de distribución como El Corte Inglés.

Al parecer, a pesar de las grietas aparecidas el día anterior, se pidió a muchos de los trabajadores que

volvieron al día siguiente, diciéndoles que el edificio era seguro. Según señalan varias personas que colaboran en las labores de rescate o familiares que se van acercando a la zona del derrumbe y son entrevistados por los reporteros, los propietarios de las fábricas y talleres obligaron a los trabajadores a seguir con su actividad pese a las alertas de seguridad que había dado la Policía Industrial el día anterior. El edificio se derrumbó en torno a las nueve de la mañana, dejando sólo la planta baja intacta.

Por la noche, y después de una intensa jornada de trabajo, puedo poner de nuevo las noticias. Más de la mitad de las víctimas son mujeres y varios de sus hijos, que se encontraban en las instalaciones de guardería con las que contaba el edificio.

La desgracia del Rana Plaza ha sido uno más de los accidentes que se producen en Bangladesh. Desde 2005 han muerto más de setecientos trabajadores solamente en incendios declarados en las fábricas, el último de ellos se produjo en la fábrica textil de Tazreen el 24 de noviembre de 2012.

* * *

Han pasado ya algunos días desde que ocurrió la tragedia y no he podido evitar estar pendiente de las nuevas informaciones ofrecidas por los informativos. Primero, como ciudadano del mundo. Y segundo, por la vecindad geográfica con India, que me hace observar siempre con más sentido de cercanía las noticias

acontecidas en los países colindantes al subcontinente asiático.

Pocos días después del colapso de la fábrica, veinte mil trabajadores de industrias cercanas a la que se derrumbó se han manifestado en protesta y, según señalan algunos medios, han sido duramente reprimidos.

La policía de Bangladesh ha detenido ya al dueño del edificio tras cuatro días en fuga y las autoridades locales también han llevado a un calabozo provisional a otros tres empresarios de la región, que son los propietarios de otros locales del edificio que se vino abajo.

El dueño del inmueble, que se ubicaba en el barrio comercial de Savar, a casi treinta kilómetros de Dacca, ha sido acusado de haber utilizado en la construcción material de mala calidad. De acuerdo con la policía y las versiones ofrecidas por la prensa del país asiático, los propietarios ignoraron en el pasado las advertencias sobre las grietas detectadas en la estructura.

El inspector adjunto de la Policía Metropolitana de Dacca, Masudur Rahman, ha informado de la detención de Abdul Jalek, el padre de Rana, propietario del edificio, en la localidad de Moghbazar, en Dacca, y mientras la policía ejecuta las órdenes para arrestar a los responsables, los equipos de rescate siguen trabajando sin usar máquinas pesadas, pues aún podría haber personas con vida entre los escombros. Siguen buscando al director gerente de una de las empresas encargadas de confeccionar ropa para marcas internacionales, Phantom Tack, curiosamente un catalán.

«La tragedia de Bangladesh ha generado una ola de mala conciencia en Occidente», señala un titular que me llama la atención. ¿Acaso es necesario un derrumbe con centenares de muertos para que la mayor parte del mundo tome conciencia acerca de un problema latente desde hace décadas? «Es hipócrita pedir mejores condiciones y exigir precios bajos», reza el título de un artículo de opinión en el mismo periódico.

Todos los medios y expertos occidentales preguntados, sin embargo, destacan la misma realidad: las condiciones laborales en Bangladesh son terribles. Los empleados de este país son los peor pagados del sector textil del mundo, con un salario mínimo de treinta y ocho dólares mensuales. Unos sueldos que han convertido a esta nación, considerada en el pasado como un caso perdido por sus poquísimas posibilidades para el desarrollo, en el segundo exportador mundial de textiles, tras China. Y lo que también es muy cierto es que las principales multinacionales occidentales, entre ellas Walmart, Inditex, H&M y Gap, se han beneficiado de estos bajos salarios.

La seguridad en las fábricas de Bangladesh parece ser tan precaria como los salarios. En los últimos años, unas mil ochocientas personas han muerto en derrumbes o incendios de factorías. Muchas de estas fábricas siniestradas producían para empresas occidentales. Ningún dueño de una fábrica textil ha sido condenado, hasta el momento, por estos accidentes mortales. Pero para los millones de bangladesíes que cosen ropa destinada a Occidente no existen alternati-

vas laborales o son aún peores. Bangladesh, con una población de ciento cincuenta millones de personas, es uno de los países más pobres del mundo.

«Se están tomando medidas positivas. Hay que continuar presionando al gobierno de Bangladesh, a los dueños de las fábricas y a las empresas multinacionales para que mejoren la situación», dice en una entrevista el presidente de la Federación Nacional de Trabajadores del Textil de Bangladesh, Amirul Haque Amin. «Que Europa mantenga las exenciones arancelarias es una buena noticia. Si las suspenden, nos quedaríamos sin trabajo. La solución no es irse, es mejorar las condiciones. Necesitamos los puestos de trabajo», asegura con rotundidad uno de los expertos preguntados en una tertulia de un canal de televisión.

Quedan pocas horas para que vuele a Estambul, donde estaré durante un periodo de tiempo para realizar un curso de máster en gestión de ONG de la Harvard Kennedy School. Cierro la maleta y apago el televisor. Mañana será un día largo.

* * *

Tras un vuelo tranquilo, llego a Estambul y me instalo en un bonito hotel en la céntrica zona de Taksim Square. Pongo las noticias mientras termino de preparar el temario de las clases que se impartirán en las aulas en la universidad turca Kadir Has.

Después de pasar cinco minutos contemplando las espectaculares vistas del Bósforo que se ven desde mi

habitación, algo reclama inmediatamente mi atención en el televisor.

Reshma, una chica de diecinueve años, ha sido rescatada con vida entre los escombros del Rana Plaza después de diecisiete días de la catástrofe. «Es bueno ver la luz después de tantos días», dice a través de la pantalla desde el hospital militar al que ha sido trasladada, donde los médicos han declarado que se encuentra fuera de peligro, según recogen los diarios locales *The Daily Star* y *Bdnews24*.

Reshma fue localizada entre los escombros del edificio de nueve plantas siniestrado. Los operarios, que estaban utilizando maquinaria pesada ya sin esperanzas de encontrar a alguien con vida, interrumpieron sus labores para rescatarla sin producirle daños, algo que han conseguido aproximadamente una hora después de que se dieran cuenta de su presencia entre los escombros.

Parece ser que Reshma trabajaba en la segunda planta del edificio y que después del derrumbe se arrastró a través de un pasillo estrecho, con la ayuda de un palo con el que iba retirando escombros, hasta un lugar seguro. Desde allí gritaba pidiendo ayuda, pero nadie la oía. Desde su habitación en el hospital, la joven reveló que pudo sobrevivir gracias a los restos de comida que encontró y que supo administrar durante las primeras dos semanas, aunque desde entonces se «moría de hambre».

Cuando los servicios de rescate la encontraron, Reshma había bebido agua y comido unas galletas

antes de abandonar la zona cero, explican los medios locales. Según el último recuento facilitado el mismo día del rescate por el ejército de Bangladesh, mil cuarenta y dos personas han fallecido ya en la peor tragedia industrial de la historia del país asiático. Con el rescate de Reshma, el número de heridos se ha situado en dos mil cuatrocientos treinta y ocho. Muchos de ellos continúan hospitalizados.

En ese mismo momento mi móvil emite un sonido bien conocido: he recibido un nuevo mensaje de WhatsApp. Es Miryam Galaz, mi editora en Espasa: «Jaume, ponte en contacto conmigo cuando puedas. Tenemos una propuesta que hacerte. ¿Puedes hablar ahora?».

Le contesto afirmativamente y me llama de inmediato. Todo escritor sabe que la palabra «propuesta» por parte de un editor sólo puede significar un nuevo trabajo, así que espero ansioso las buenas noticias desde Madrid.

—Soy todo oídos, Miryam —le suelto casi sin saludar.

Tras medio minuto de saludos, mi editora procede a desgranar la propuesta y saciar mi curiosidad, cada vez más acuciante.

—Estarás al corriente del derrumbe de la fábrica de Bangladesh. ¿Has visto que han rescatado a una chica con vida después de muchos días bajo los escombros? Es una noticia increíble. Se nos ha ocurrido que serías la persona ideal para localizarla, entrevistarla y relatar sus vivencias y, a partir de ahí, describir la situa-

ción de los trabajadores de la industria textil en Bangladesh y todo lo que implica. Queremos este libro y pensamos que nadie mejor que tú para escribirlo.

Me siento inmediatamente halagado por la propuesta, pero a la vez soy consciente de que, a pesar de mi conocimiento acerca de Asia y mi experiencia en el terreno, el tema de la industria textil implica mucho más y apenas conozco los intrínquilis de este sector, no exento de mediáticas polémicas.

Mientras estoy escuchando a Miryam con la oreja pegada al teléfono, mis ojos se desvían hacia la cama de la habitación, en la que he apoyado una camisa. Miro la etiqueta y es de una de las marcas de las que están hablando en el debate de la televisión. «*Made in Bangladesh*», puedo leer claramente. Vaya, una señal. Y qué irónica. Me están proponiendo un libro para denunciar las duras condiciones de explotación de millones de trabajadores de un lugar concreto y en mi cama tengo una prenda (que no debe de ser la única) confeccionada precisamente por esos mismos trabajadores.

Tras un prudente «Te digo algo en los próximos días», dejo la llamada sin apartar la vista de la camisa. La curiosidad me puede y no consigo evitar abrir el armario y mirar, una por una, todas las etiquetas y saber dónde ha sido hecha la ropa que llevo: India, Corea, Bangladesh, Turquía, Bangladesh, Bangladesh, Bangladesh, Bangladesh...

Si acepto el trabajo, ¡menudo percal me espera!, me digo sin poder evitar el juego de palabras. No es un

tema fácil y supongo que existen mil y una opiniones encontradas y todas con un punto de legitimidad. Yo no soy ningún experto, así que tendré que asesorarme y entrevistarme con personas que sí lo sean, empaarme de tanta información como esté a mi alcance (y la que no lo esté, buscarla) y, sobre todo, huir del activismo barato y escuchar atentamente todos los puntos de vista para exponerlos en su justa medida.

Por otro lado, empiezo a pensar cómo podré encontrar a Reshma e inmediatamente me pongo a indagar por la red. Encuentro noticias y fotos de ella recién rescatada, en una camilla portada por varios soldados y voluntarios. Otras imágenes ya la muestran en la cama del hospital, todavía ingresada y recuperándose poco a poco. No tengo contactos en Bangladesh, pero seguro que si empiezo a mover resortes en India o Pakistán, donde sí los tengo, aparecerán senderos que tal vez me permitan dar con ella.

* * *

Las clases de la tarde han pasado volando y he regresado rápidamente al hotel para cambiarme otra vez (camisa «*made in Bangladesh*») y acudir rápidamente a la cena en casa de unos amigos españoles en Estambul. Carlos y Ana trabajan en Turquía desde hace años y conocen bien el país. Siempre que voy a Estambul encuentro el momento para comer o cenar con ellos y compartir unas horas para ponernos al día de nuestras respectivas vidas.

—Bueno y cuéntanos, ¿en qué proyectos literarios andas ahora metido, Jaume? No paras, hijo...

—Pues precisamente es posible que escriba algo sobre la industria textil en Bangladesh, pero hasta ahí os puedo contar...

—Muy interesante, sí señor. Es que es indignante, ¿eh? —dice Ana, teatralizando su discurso con una exagerada cara de desaprobación—. Tantas personas explotadas y la gente vistiéndose a costa de su sangre. Yo nunca compro en H&M, Zara y marcas así, en serio. ¡Nunca!

—¡Anda, anda! ¡Eso es mentira, Anita! —interrumpe Carlos súbitamente, con una sonrisa de oreja a oreja y una mirada estupefacta hacia su mujer—. ¡Pero si tienes varias cosas de H&M y otras marcas que todos sabemos dónde confeccionan la ropa! Además, tú qué sabes si otras marcas explotan o no. A ti te suenan unas cuantas y te quedas con las leyendas urbanas. Eso es lo fácil.

—Tú tan capitalista —salta Ana.

—Y tú tan *flower power* —replica Carlos.

—Mira, Jaume —Ana se gira exageradamente hacia mí—, si puedo, evito comprar en estos sitios.

—¿Si puedes? ¿Cómo concibes eso? —La risa de Carlos es ahora irrefrenable.

—Te-lo-ju-ro —sigue Ana, puntualizando cada sílaba y mirándome fijamente como si su marido no estuviera presente.

—A ver, a ver —dice Carlos, empezando a hablar con tono calmado, como queriendo dar a entender

que sus próximas palabras van a ser justas y medidas—. ¿Pero vosotros os creéis que un Zara o un H&M, con la de delegados que tienen allí, controles de inspección, departamentos de Responsabilidad Social Corporativa (RSC) y vete a saber qué más, arriesgarían tantas ventas por tener a trabajadores cobrando diez euros menos o dos horas de más? Hay mucho más control del que la gente cree. Yo me fío más de esas marcas que de otras menos conocidas que tal vez no pasan tantos controles. Lo tengo clarísimo.

Ana mira hacia arriba poniendo los ojos en blanco, en plan cuadro de Zurbarán. Mientras, Carlos prosigue con su discurso:

—Además, ¿pensáis de verdad que dejar de comprar a estas marcas es la solución? ¡Qué inocentes! Eso es mucho peor. Porque ponéis en riesgo los puestos de trabajo de tanta gente de Bangladesh. Y no sólo de allí, sino de aquí: dependientes, personal de oficina...

—¿Y cuál es la solución, Carlitos? A ver, señor experto —le increpa su mujer con tono chulesco.

—Pues apoyar como sea que se cambien leyes, se refuerce la protección, que los sindicatos presionen... Qué sé yo, coño... Pero dejar de comprar no es la solución, lo tengo clarísimo. ¿Acaso sabemos al cien por cien si algo de lo que llevamos no ha sido hecho por gente explotada? Yo nunca pondría la mano en el fuego, venga de donde venga y sea de la marca que sea.

—Hay listados que se publican anualmente y esa información se puede tener —insiste Ana.

—Claro, claro... Y tú los tienes todos, ¿no? Yo nunca te los he visto. Por otro lado, vete a saber los intereses que hay. Te digo más: las marcas subcontratan, éstos a la vez subcontratan, y los subcontratados, a veces sin que la marca lo sepa, vuelven a subcontratar. Eso es imposible de controlar.

—Mira, cari, comprar una camiseta por veinte euros sabiendo que han pagado dos a la mujer que la ha hecho es pura explotación. Ex-plo-ta-ción. Y punto.

—Ea. Qué chula es mi mujer. Y si es explotación, ¿por qué te compras la de veinte euros y no una de cien? ¿Y comprar en Louis Vuitton, como muchas mujeres hacen, un bolso de diez mil euros que no los gana la dependienta ni en medio año no es explotación?

—¡No me vayas a comparar, por favor! —prosigue Ana, con su tono encendido—. ¡Las condiciones de una dependienta española, por ejemplo, no son las mismas que esas pobres mujeres! Seguridad Social, seguros, etc. Eso es desigualdad de clases, vale, pero no explotación, por favor...

—Mira —continúa Carlos—, mi padre trabajaba en una fábrica de coches, fabricaba coches para Alemania. Entonces ni los horarios ni las pagas eran equiparables a muchos otros países de Europa. Si en aquel momento hubiera venido un sueco o un noruego con el cuento de la explotación, habrían cerrado la fábrica y ni yo ni muchas personas de nuestra generación habríamos podido tener una carrera universitaria y unas comodidades, porque nuestros padres

habrían perdido sus puestos de trabajo. Los derechos del trabajador se consiguieron batallando desde dentro del país, no porque vinieran de fuera con el cuento de la explotación y boicotearan las marcas de coches que fabricaban en España dejando de comprar ciertos automóviles.

Se hace tarde y mañana tengo clase a primera hora. Me retiro dejando a Carlos y Ana enfrascados en su agitada discusión y subo caminando Istiklal Street hasta llegar a mi hotel, cerca de Taksim.

No puedo dejar de pensar en el tema. ¿Hay unos indicadores objetivos para medir la explotación? ¿Es la misma para unos y para otros o depende siempre del entorno geográfico? Supongo que no todo es conciencia, ni *buensamaritarismo*, sino justicia: real, palpable y objetivamente medible.

Tanto Ana como Carlos tienen razón, supongo. ¿O alguno de los dos está gravemente equivocado? ¿Es la tesis de Ana activismo barato propio de quien no lo aplica siempre? ¿Es la opinión segura de Carlos una manera de autoconvencerse y mirar hacia otra dirección para no abandonar su confort mental?

Cuando llego al hotel preparo la ropa de mañana. Un polo azul. Apago la luz y no puedo conciliar el sueño, necesito hacer una última comprobación. Enciendo de nuevo las luces y voy directo al polo, inspeccionando directamente la etiqueta. No falla: «*Made in Bangladesh*».

* * *

Han pasado ya varios meses y, además de documentarme, he empezado a preparar mi viaje a Dacca. He podido hacer alguna llamada a la embajada de Bangladesh en Madrid, donde muy amablemente se han ofrecido a ayudarme en lo que haga falta. Ya les he advertido, por si las moscas, de que mi intención no es la de escribir un libro lapidario que ponga en entredicho los esfuerzos del gobierno local ni escupir veneno en nombre de la lucha contra la explotación salpique a quien salpique.

Lo cierto es que tampoco sé muy bien qué tipo de libro escribir. Por no saber no sé ni cómo posicionarme, porque no tengo una opinión formada. Son tantas las informaciones que encuentro, tantos detalles de leyes, de cambios en las leyes, de proselitismo en todas sus vertientes, de testimonios escalofriantes, de artículos despiadados, que decido empaparme con lo básico, sin puntos de vista establecidos de antemano ni prejuicios, e ir avanzando en mi postura a medida que aumente mi conocimiento acerca del tema durante la investigación.

Tengo claro que no quiero escribir un libro de activismo facilón, ni restar importancia a detalles que vaya descubriendo en el camino. Quiero abrir los ojos, ver y describir lo que veo y lo que oigo. Soy consciente de que me costará forjarme una opinión clara. El tema de la industria textil en Bangladesh se abre ante mí como una de aquellas controversias en las que cuanto más dialogas y más descubres, más cambias tu propia opinión, que va oscilando dentro de ti como un columpio.

Si algo vas descubriendo con la edad es que la realidad no siempre está hecha de blanco y negro. Los grises existen y, en muchas ocasiones, es allí donde se encuentra el matiz que da sentido al enfoque.

Mientras sigo revisando la información recopilada y anotando en mi libreta los temas en los que será necesario profundizar, no se me va de la cabeza Reshma, la chica superviviente de la fábrica de Savar que rescataron con vida entre los escombros. Tengo que encontrarla, así que llevo días intentando dar con ella, utilizando todos mis contactos para poder verla cuando viaje, en unos días, hacia Bangladesh.

Lo cierto es que no está resultando nada fácil. La cadena hotelera Westin, que tiene en Dacca un hotel de máximo lujo, la ha contratado como Public Area Ambassador (¿embajadora del área pública? ¿En qué consistirá este trabajo?). Numerosos periódicos y televisiones han hecho seguimiento del acto de contratación, que más que una forma de trámite laboral ha sido un gran evento televisado, donde —alto, que no lo critico— el departamento de RSC del hotel habrá invertido todos sus esfuerzos para lograr una campaña exitosa y una imagen impecable.

Pero, sea como sea, me está siendo imposible dar con ella. Según me cuentan mis fuentes, está aislada y es casi imposible poder verla. Escribo su nombre, una vez más, en el buscador de Google, esperando encontrar más de lo mismo y no salgo de mi asombro al leer el siguiente titular: «La superviviente de Rana Plaza acusada de ser una impostora pagada por el gobierno de Bangladesh».

Todos los links me llevan a un artículo del periódico inglés *Sunday Mirror* que, al parecer, ha desatado la polémica tras varias semanas de investigación. El artículo defiende la tesis de que Reshma Begum, que conmocionó al mundo cuando fue rescatada con vida entre los escombros del Rana Plaza diecisiete días después del derrumbe, salió ilesa del incidente y fue contratada por el gobierno de Bangladesh para ser la protagonista de una orquestada pantomima que diera al mundo una imagen de superación y relatara que sus condiciones laborales eran inmejorables.

Por lo visto, un compañero suyo, que ha sido la fuente con la que ha contado el periódico británico, relata cómo la vio perfectamente pocas horas después del derrumbe, ya que «huimos juntos antes de que cayera completamente el edificio».

Sin embargo, otros medios señalan a ese mismo compañero como un enviado de la oposición. ¡Vaya! ¡Con la política hemos topado! ¡Cómo no! Otro medio local cuenta con el testimonio de otra compañera de Reshma. Beauty (así se llama) asegura que vio, casi en directo y desde el mismo lugar, cómo rescataban a Reshma, dando fe de que no se trata de ningún montaje.

Como me encuentro nuevamente en Barcelona, bajo rápidamente al bar de la esquina para preguntarles a mis amigos bangladesíes y sus clientes de ese país qué es lo que saben de toda esta historia.

—¡Nada de montaje! —me dicen al momento—. ¡Pero si lo vio todo el país en directo! ¡Era imposible manipular un directo y unas operaciones de rescate

en las que estaba involucrada toda la gente del país! ¡Se lo han inventado esos ingleses para vender más periódicos!

—¿Habéis podido tener alguna pista de cómo puedo encontrarla? —les recuerdo una vez más.

—Nada. Imposible. La tienen totalmente aislada, no hay forma de hablar con ella; está controlada y vigilada todo el tiempo.

Sea como sea, este tema me chirría. Si no hay nada de extraño en la historia, ¿para qué la iban a tener tan controlada? ¿Debo renunciar ya a la idea de poder encontrarla? ¿Conseguiré hablar con ella? A estas alturas, he dado tantas voces y he contactado con tantas personas que seguro que, sea quien sea el que la mantiene aislada del mundo, ya sabe que hay un escritor español intentando dar con ella. Y eso, pienso, no puede ser bueno para ayudarme a avanzar.

Quedan muy pocos días para volar a Dacca y empezar a poner cara a muchas de las personas con las que he estado contactando por email durante las últimas semanas (asociaciones de supervivientes del Rana Plaza, ONG locales, empresarios del país, responsables de fábricas y talleres...). Lo cierto es que cuanto más escarbo en la arena, más polvareda se levanta. No es un tema fácil, lo sé. Que Alá me ampare.